

han de impresionar á los sacerdotes vuestras miserias, cuando siempre las están oyendoej semantes ó mayores?

14. Mas dejando ya el temor que algunos tienen *al confesor*, discurremos ahora sobre los que temen *al mundo*, sirviéndoles de ocasión para faltar á la integridad sacramental. Hay personas que pertenecen á las familias piadosas, las cuales, en ciertas solemnidades ó fiestas determinadas, comulgan en unión de sus parientes y amigos. Oponerse ó singularizarse no quieren, por temor del qué dirán; confesar íntegramente sus pecados, no se resuelven, porque les falta valor y no menos humildad; y en este caso tristísimo caen en la mayor de las desdichas, que es confesar y comulgar sacrílegamente.

Lo mismo cabe decir de los que, formando parte de alguna Congregación religiosa, se ven precisados á comulgar tales ó cuales días, sopena de ser notados ó expulsados de la Asociación; pues como nada de esto quieren, sino antes bien desean aparecer buenos y santos, tienen por mejor callar ciertos pecados, sin reparar que á Dios no se engaña, y que pierden su alma.

15. ¿Y qué diremos de los que callan algún pecado grave por *temor* de que el sacerdote les imponga por obligación volver á confesarse tal ó cual día? ¿Hay temor más funesto y menos razonable, y que más abiertamente se oponga al bien espiritual del penitente? ¡Ah cristianos, cristianos! Acercaos confiadamente á vuestro confesor, exponedle vuestros temores, mostradle vuestra voluntad de ser de Dios, y estad seguros de que el Señor os ayudará para que vuestra confesión sea buena y vuestra alma santa. Verdaderamente puede afirmarse, hablando en general, que nosotros no *somos bastante sobrenaturales* en el sacramento de la Penitencia. ¡Hasta en aquel santo sitio nos circunda el amor propio y el respeto humano!

16. Finalmente, hay un *cuarto temor*, á todas luces irracional, que impulsa á muchos cristianos á callar pecados en la confesión, y es cuando por el afecto que se tiene á ciertas culpas no se quiere sinceramente abandonarlas, ó se rehusa reparar los males que ellas causan, temiendo que el confesor lo imponga con rigor. A lo cual se puede responder: ¡Podre cristiano que así te encuentras aprisionado en tus miserias! Si tal es la disposición de tu ánimo, ¿por qué te acercas al confesonario? ¿Ignoras que confesar con tal resolución es hacer un acto de verdadera hipocresía? ¿No conoces que esto es hacer un horrible sacrilegio y añadir un nuevo pecado á los que ya manchan tu alma? ¿Es posible que en

sano juicio te resuelvas á realizar acto tan indigno y de tan infame vileza? Si allá en lo íntimo de tu corazón no te sientes con energía suficiente para renunciar al pecado, acude á Dios en la oración, pídele auxilio y fortaleza por la intercesión de la siempre Virgen María, y no dudes que, así como el Señor favoreció á muchos Santos del cielo cuando en la tierra se encontraron en igual caso, así también oirá tus ruegos si con humildad y constancia los haces. *Todo lo puedo en aquel que me conforta* —dijo San Pablo;—y ese es y debe ser el lema de todo buen cristiano.

En gran manera quisiéramos dejar esto bien sentado, porque hay cristianos de toda edad, sexo y condición que temen confesar sus culpas, no sea que el confesor les imponga severa penitencia; temen ser reprendidos y decaer del buen concepto en que antes les tuviera; temen declarar sus injusticias, porque no les imponga precepto riguroso de restituir; temen manifestar sus odios y venganzas, por no verse forzados á una reconciliación; temen descubrir la ocasión próxima en que se encuentran, espantándoles la idea de quitarla de raíz; temen, en suma, lo que debieran desear, y *temen donde no hay que temer*.

A todos estos se les puede aplicar con propiedad aquello de Job: *Los que temen la escarcha, caerá sobre ellos nieve* (1); ó lo que es lo mismo: á todos cuantos ahora rehusan pasar una pequeña humillación, una breve incomodidad ó un glorioso vencimiento confesando sus culpas, caerán sobre ellos los espantables tormentos del infierno.

Mucho nos hemos detenido en la *vergüenza* y el *temor*, primeras causas de ocultar pecados en la confesión, y esto nos obliga á ser breves en las dos restantes, á saber: en la *esperanza* y en la *desesperación*.

17. La *esperanza* que induce á los penitentes á callar las culpas, no es la virtud teológica de ese nombre, sino el deseo vehemente de obtener bienes terrenos. Hay, por desgracia, cristianos que esperan, ó ambicionan alcanzar ciertos bienes de este mundo, para lo cual es preciso aparecer buenos cristianos, y como medio eligen confesar y comulgar frecuentemente. Actos tan sagrados hechos con tales fines, ya se comprende su maldad, pero ésta sube de punto cuando hasta no quieren que el confesor sepa sus miserias, como si esto les hubiera de perjudicar en algo á sus planes terrenos. ¡Desdichados! Usan de hipocresía horrible: aparentan al

(1) Qui timent pruina, irruit super eos nix. (Job, VI, 16.)

exterior una cosa, y en lo interior son otra. Estos son aquellos hombres de doble corazón y de cuatro ojos, que tiene por abominables la santa Escritura, pues parece que miran al cielo, y sus ojos se hallan fijos en la tierra. Se asemejan al cisne, que por fuera lleva plumaje blanquísimo como la nieve, y por dentro oculta su carne negra como el carbón. Bellamente los describe el *Eclesiástico* por estas palabras: *Hay quien se humilla con hipocresía, y sus entrañas están llenas de engaño. ¡Ay del pecador que marcha sobre la tierra por dos caminos!* Es decir, siguiendo á Dios en apariencia y al mundo en realidad (1).

18. Viniendo ya á la *desesperación*, dicen algunos pobres pecadores: ¿Para qué me he de confesar de tal pecado, si no está en mi mano evitarle? La experiencia de mucho tiempo me enseña que siempre caigo y que seguiré cayendo en él.—No, hermanos carísimos; esa es tentación diabólica y error pernicioso, que hace grave injuria á la misericordia de Dios. Si antes has caído por tu fragilidad, en lo sucesivo puedes no caer, con la gracia del Señor. La conversión del pecador, y el mantenerse en su amistad, no tanto proviene de nosotros como de la eficacia del auxilio divino, que nos previene y conserva; y de aquí el que digamos continuamente con Jeremías: *Conviérteme, Señor, y seré convertido, porque después que me convertiste hice penitencia* (2).

¿Qué otra cosa significan el gallo de Pedro y la mirada de Cristo; el rayo de luz que derribó á Saulo del caballo; la vocación eficaz de Mateo; la invitación de Zaqueo, y la atracción de la Magdalena, sino efectos de la gracia de Dios obrando la conversión de sus almas? Pues bien; el brazo del Señor, ¿se ha encogido por ventura? ¿No está obrando diariamente conversiones sin cuento, haciendo que grandes pecadores, después de larga vida de crímenes, tornen á su gracia y digan con fervor: *Señor, ahora comienzo; esta es la mudanza de la diestra del Altísimo* (3)?

19. Así, pues, es necesario que las almas en la acusación sacramental de sus pecados procuren con todo empeño huir de estas cuatro desdichas: *vergüenza, temor, esperanza y desesperación*. La desesperación y la esperanza son frecuentes; el temor, más;

(1) Et qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo. (Ecl., XIX, 23.)—Vae peccatori terram ingredienti duabus viis! (Ecl., II, 14.) Véase S. Gregor., *Moral*, lib. I, cap. XXI.

(2) Converte me, et convertar; postquam enim convertitis me, egi poenitentiam. (Jerem., XXXI, 18-19.)

(3) Nunc coepi, haec mutatio dexterarum Excelsi. (Psalm. LXXVI, 11.)

pero la vergüenza es el gran anzuelo donde el demonio pesca las almas.

Acontece á muchos con la confesión lo que á Moisés con su vara. Esta era buena y con virtud divina; pero el gran caudillo de Israel la miraba en la tierra y no se atrevía á tocarla, se asustaba y huía de ella como de una serpiente; mas tan luego como vencía su temor y la tomaba en la mano, se encontraba animoso y con ella vencía á todos sus enemigos, hasta el extremo de abrirse paso á la tierra de promisión (*Exodo*, IV, 3-4). Es decir, que algunos huyen de la confesión como de una serpiente fiera; mas tan luego como la frecuentan, se les convierte en báculo fuerte, con el cual se sostienen en la gracia de Dios, vencen á sus enemigos, mundo, demonio y carne, y se abren paso glorioso por el camino de la patria celestial.